

El mirlo Y el copihue.

Lo tuviste todo. La finura adornó tu habitación.
Que buenos tiempos te acunaron.

Naciste del otro lado del río.
No el de las aldeas.

No supiste, lo que no es poder dormir, cuando los estómagos gritan por las
noches por un poco de comida.

Nada de eso conociste.

Y, sin embargo, cruzaste el río.

Que fácil es criticar a los poderosos, cuando no se es uno de ellos.

Que fácil es para algunos, luchar por una vida mejor cuando no se tiene
nada.

Pero, tú lo tenías todo. Todo.

Y, sin embargo, cruzaste el río.

Pequeño genio rebelde, constructor, doctor, compañero y militante.

Demasiado gallo al parecer en un corral de gallinas.

La dureza de tu sentir como una estaca se clavó en el jardín del tiempo.

Y ese trozo de madera que fue tu corazón, emerge y florece y brota y canta
y me llama y nos llama desde todos los rincones de la historia.

Esa estaca florece y cada flor y cada pétalo crece rebelde y se agiganta
allá en el sur.

Desde todos los rincones tu voz de trueno aún despierta a los adormecidos.

Aún el trinar de tu voz espera la mañana venidera.

Lo tuviste todo y todo lo cambiaste por nosotros.

¿De qué manera me repito en tu ejemplo?

¿De qué manera mi brazo se transforma en fusil?

¿De qué manera me hago digno frente a ti?

¿De qué manera sé valorar tu sacrificio?

Lloraban los copihues allá en el sur, olvidados, heridos, rotos.

Y desterrados del agua y del sol.

De abandono y desprecio.

Gota a gota, paso a paso la sangre del copihue cayó sobre una bandada de Mirlos Soñadores.

De cuervos altivos y fieros, una bandada de polluelos que surcarían el cielo por un mundo mejor.

Si pones atención, verás como nuevos polluelos surcan el cielo una vez más.

Tu recuerdo golpea el yunque de los corazones más que mil herreros.

Más que todo el mar, el roquerío de los sueños perdidos.

Tu recuerdo viaja de boca en boca, de mano en mano por aquellos caminos olvidados y presentes y queridos y anhelados, que son el camino de la justicia, de un mundo mejor.

Aunque este no sea el mejor poema, ni el mejor escrito, aunque no sean justas todas estas líneas esparcidas sobre la transitoria tumba de papel que sostengo sobre mis manos.

Tú entiendes que a pesar de no ser más, de no ser mejores, damos y tratamos lo mejor que podemos o pudimos o podremos.

Y en este viaje eterno tus palabras nos acompañan.

Suenan a canciones y risas y llanto y alegrías y sueños y anhelos.

Eres una hoja perenne que flamea sobre el árbol eterno de la justicia y yo quiero ser una hoja de ese árbol, aquellos que se sientan a escuchar

tu voz y saborear tu risa quieren ser hojas de ese árbol.

Árbol que tiene raíces más profundas y eternas que el tiempo.

Déjame ser como tu, déjame ser mejor que tu, pero déjame ser tu compañero,
ahora y siempre querido Miguel.

No puedo hablar de tu muerte, porque esa mañana de Octubre te hiciste inmortal.

No puedo hablar de muerte, porque para mi y cientos, estás más vivo que
nunca

El viento del sur ordeña un rebaño de nubes y cientos de gotas buscan tu
sonrisa.

¿Cuántas maneras hay de matar a un hombre?

Sólo una, olvidándolo.

Andrés Bianque

